

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La caridad</i>	3	
<i>Michael Figura</i>	5	El mensaje joánico del amor
<i>Lucio Florio</i>	17	El amor y sus fuentes. Mirada topográfica del misterio del amor
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	25	Testimonio: Las dimensiones de la caridad
<i>Eduardo Gowland</i>	29	Caridad y vida monástica
<i>Dominique Poirel</i>	35	Amor de Dios, amor humano
<i>Jean Luc Marion</i>	47	El conocimiento de la caridad
<i>Santiago Kovadloff</i>	61	Buber, oyente de Dios
<i>Manfred Lochbrunner</i>	77	¿En camino a una biografía de Balthasar?

Testimonio: Las dimensiones de la caridad

*por Julia Alessi de Nicolini**

Caridad; en latín, “caritas”. Ese es el término que en la Vulgata se reitera una y otra vez a lo largo del himno magnífico que ocupa el capítulo 13 de la primera Carta de Pablo a los corintios. Es la caridad sin la cual nada valen ni la profecía, ni la ciencia, ni siquiera la fe; es la fuente de la paciencia y del servicio; es la enemiga del odio, del engreimiento, de la injusticia; es la alegría ante la verdad.

Hasta aquí, el corazón creyente consiente y entusiasmo; la caridad es un proyecto de vida arduo mas no imposible. Pero el párrafo de Pablo termina así, según la Biblia de Jerusalén: “Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta”. La Nueva Biblia Española prefiere traducir: “Disculpa siempre, confía siempre, espera siempre, aguanta siempre”.

En cualquiera de las dos versiones, la propuesta es abrumadora: “todo” y “siempre” no son medidas humanas; desbordan inconmensurablemente nuestra finitud y nuestra fragilidad. ¿Quién es capaz de poder todo, de poder siempre?

A partir de esta pregunta es posible comenzar a sospechar que Pablo, con un simple punto-y-seguido, nos ha instalado en esa dimensión de la caridad que se desfonda hacia el Absoluto; nos está exigiendo tener siempre presente que nuestra caridad —la de los hombres— sólo es posible, comprensible, vivible enraizada en su real fundamento: Dios, el único capaz de poder todo tiempo.

Como se sabe, cuando Juan en su primera Carta (4,8) se anima a decirnos quién es Dios, lo hace —según la Vulgata— así: “Deus caritas est”, Dios es amor. Esta utilización del mismo término en Pablo y en Juan es fiel a la versión griega del Nuevo Testamento¹; allí también se utiliza en ambos lugares una sola

*Profesora de Introducción a la Filosofía en la Universidad Nacional de Tucumán.

¹ Nestle-Aland, *Novum Testamentum —Graece—*, Stuttgart 1963.

palabra, "agape". En nuestro idioma, la Nueva Biblia Española —por ejemplo— recoge esa identidad terminológica, traduciendo la "agape" o "caritas" por "amor", tanto en la Carta de Pablo como en la de Juan.

En la crónica de los Hechos de los Apóstoles (17, 24-28), otras palabras de Pablo amplían y profundizan la cuestión: "el Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él... no se encuentra lejos de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos"; *en* él... De manera que no es lejanía, por supuesto; pero no podemos ser tan mezquinos como para conformarnos con una cercanía. Lo que Dios quiere que sepamos es que él no se conforma con cercanías, él quiere inmediatez. Dios no quiere ser para nosotros tan sólo una presencia próxima; quiere ser presencia fundante y abarcadora: cimiento que sostiene, suelo que nutre, aire que hace posible respirar, luz que nos permite ver; cimientos, suelos, aire, luz, nos hacen vivir; pero los damos por supuestos y sólo se nos hacen presentes cuando nos faltan. Y como Dios no falta nunca porque es el Todo-Siempre... Y entonces tiene que venir un Pablo a gritarnos que sólo *en* Dios vivimos, porque es su vida la que nos hace vivir; y sólo *en* Dios amamos porque es su amor —es Dios en nosotros— el que nos hace amar.

Esta primacía del Dios que "nos amó primero" (1 Jn. 4,19) fue bellamente planteada por H. U. von Balthasar refiriéndola al tema del conocimiento; pero su metáfora conviene asimismo al caso de la caridad. El teólogo nos recuerda aquel giro radical que el filósofo von Baader, hace más de cien años, le imprimió al "cogito" cartesiano —"pienso, luego existo"— transformándolo en "cogitor, ergo sum", "soy pensado, luego existo"—; y añade: "el Yo no tiene dos ventanas, una hacia Dios y otra hacia el hombre; sino que por mirarle Dios por la ventana (merced a lo cual existe "ventana" en general) puede el Yo mirar afuera..."².

Dios nos piensa amándonos —somos pensados y amados por El— y existimos. El amor de Dios nos constituye en lo que somos. La "ventana" abierta por su mirada amorosa es "ventana" por la que él nos mira y por la que nosotros podemos mirar amando: a él, a los hombres, al mundo...

Los distintos amores son sin duda distinguibles pero, también sin duda, son inseparables. Sin el amor de Dios —la "aga-

² *El problema de Dios en el hombre actual*, ed. Guadarrama, Madrid 1966 (2ª edición), p. 106.

pe” de Dios, la “caritas” de Dios— que ha sido derramado en nuestros corazones, ¿de dónde sacaríamos amor para amar? Es el misterio de nuestra participación en la vida divina; es el vértigo de amor en el que la Trinidad consiste, el que, amándose en nosotros —y para nosotros, y con nosotros para los otros— el que hace posibles nuestros amores.

No se puede separar la “caritas” de Pablo de la “caritas” que Dios es, según Juan. Si lo hacemos (¡y lo hacemos tantas veces!) caemos en otra de las formas de ese “pecado de achicamiento”, tan frecuente, que acaso sea el fruto de nuestra temerosa incomodidad ante el misterio; y pues no podemos ni abarcarlo ni entenderlo —como si la cosa fuera entender...— optamos por la traicionera “solución” de achicarlo a nuestra medida.

Son tantos nuestros “achicamientos”... Achicamos a Dios mismo cuando lo sentimos como una vaga presencia benevolente o un todopoderoso indiferente y arbitrario, como un solucionador de problemas o una suprema inteligencia que garantiza el orden cósmico, como un disciplinado y amistoso triunvirato de dioses o como el dios de los filósofos o como.. Y achicamos su misericordia y su providencia y su libertad, porque no es fácilmente soportable dejar a Dios ser Dios.

Y achicamos la Encarnación si soslayamos que, por ella —de algún modo— el Dios hijo se ha unido a cada hombre (G.S., 22); y que también por ella —como dijo alguna vez Cabodevilla— toda la tierra es santa, y no sólo la tierra de Israel; y santa toda la historia, la de todos los hombres en todas las tierras.

Y achicamos la Redención cuando olvidamos que también la vida de Jesucristo, no sólo su pasión y su muerte, resplandece de luz redentora. Y achicamos la Iglesia, que es sobre todo Esposa del Verbo, misteriosa comunión de santidad. Y achicamos el Bautismo que es infinitamente más que remedio del pecado original, porque es inserción en la vida divina, configuración con Cristo (¡somos otros Cristos!, clamaba San Agustín), participación en su triple función sacerdotal, profética y real...

Y por supuesto achicamos la “caritas”; domesticada y a nuestro alcance, está demasiado cerca de una relación filantrópica meramente natural, como si el misterio del amor de Dios nada tuviera que ver con la caridad. A lo sumo, nos viene a la memoria la aclaración de Juan (1 Jn. 4,20): si no somos capaces de amar al hermano al que vemos, ¿cómo haremos para amar a Dios a quien no vemos?

Y sin embargo, eso no es todavía suficiente; hay que asomarse a esa otra dimensión en la cual el universo de la caridad alcanza su mayor riqueza: querer amar a Dios y a los hermanos sería empresa vana si no fuera porque el amor con que Dios nos ama hace posible nuestro ser y nuestro amar.

Y entonces, tantas pistas más para poder seguir descubriendo nuevas dimensiones; y van algunas... El misterio de la gratuidad del don divino y sus resplandores de absoluto y la abrumadora conciencia de nuestra indignidad. La interminable tarea de vaciamiento para que la donación de vida divina encuentre un corazón cada vez más abierto y disponible. La luz de reconocer la penosa traición que consumamos cada vez que —mezquinando la capacidad tanto de recibir como de dar amor— nos negamos a ser los canales generosos de la “caritas” de Dios para todos los hombres.

Por seguirnos llamando, siempre y en todo momento, a la tarea de descubrir las cada vez mayores riquezas de la caridad, gracias Señor.